EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

LA BONDAD SIN LA EXPERIENCIA.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID,
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1855.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***librería de Cuesta, calle Mayor, núm 2.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.
Alcoy.	V. de Martí é hijos
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Rico.
Badajoz.	Orduña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	García de la Puente.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Lara.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	Garcia Alvarez.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Ezcurdia.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	CharlainyFernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Rixact.
Lugo.	Pujol y Masía.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Casilari.
Mataró.	Abadal.

Murcia.	Mateos.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez éhijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Sanchez y Rua.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Aymat.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. dela Cruz.
Talavera.	Castro.
Valencia.	M. Garin.
Valladolid.	Hernaiz.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Pers y Ricart.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	Pintor.

LA BONDAD SIN LA EXPERIENCIA.

COMEDIA EN TRES ACTOS

POR D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

Representada en el teatro del Principe el dia 24 de Marzo de 1855.

L'homme n'est ni ange ni bête; et le malheur veut que qui veut faire l'ange, fait la bête.

PASCAL.



MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1855.

AL SEÑOR DON PEDRO CALVO ASENSIO,

El Autor.

PERSONAJES.	ACTORES.
GUADALUPE.........	Doña Teodora Lamadrid.
CECILIA.............	Doña Mercedes Buzon.
D. FERNANDO........	D. Joaquin Arjona.
D. DIEGO............	D. Victorino Tamayo.
MONTOYA, mayordomo de Guadalupe....	D. Fernando Ossorio.
JULIANA, criada de id.	Doña Antonia Segura.

La accion pasa en Madrid, en el siglo XVIII.

ACTO PRIMERO.

Sala en la casa de doña Guadalupe con puerta al fondo y á la izquierda: ventana á la derecha. Al levantarse el telon se oye dentro una campanilla.

ESCENA PRIMERA.

JULIANA. *Luego* D. DIEGO.

JULIANA. Martin! Martin!—Este mozo
(Sale por la izquierda y se dirige á la puerta del fondo.)
de mis pecados!...—Que llaman!
—No deben estar de vuelta...
Ah! ya! es don Diego.

DIEGO. Juliana;
puedo ver á las señoras?
Avisa...

JULIANA. No estan en casa.

DIEGO. Tan temprano y ya en la calle?
Con qué motivo?

JULIANA. Ahi es nada!
pues no es el aniversario?...

DIEGO. Es verdad! no me acordaba.

Dos años hace que el buen
don Ciriaco entregó el alma...
—Dónde es la misa?

JULIANA. En Atocha.

DIEGO. Qué diablos! he caido en falta!
Sin duda lo habrá notado
Guadalupe.

JULIANA. Y si lo extraña
será con razon: usted
es su perpétua atalaya.

DIEGO. Soy de sus buenos amigos
el mas asiduo, y me trata
con benevolencia.

JULIANA. Entiendo,
don Diego! es usted un sátrapa!.

DIEGO. Te equivocas.

JULIANA. Podrá ser.

DIEGO. Yo te lo aseguro.

JULIANA. Basta!
en tal caso...—Lo advertia,
porque hay amante en campaña.

DIEGO. Amante?

JULIANA. Cuando yo digo!...
no ha puesto usted buena cara.

DIEGO. Por qué? La felicidad
de Guadalupe, es el alma
de mi afecto.—Y cómo sabes?...

JULIANA. Cómo? Es historia muy larga.

DIEGO. Le conoces?

JULIANA. Como á usted.

DIEGO. Pero Guadalupe le ama?

JULIANA. Presumo que si.

DIEGO. Presumes
nada mas? (Tuviera gracia...)
Y sabes tambien su nombre?

JULIANA. Es don Fernando Zapata.

DIEGO. Don Fernando? Si, ya caigo!
guapo mozo, hombre de chapa,
severo.

JULIANA. Cabal: las señas
no pueden ser mas exactas.

DIEGO. No estaba en Sevilla?

JULIANA. Ayer
vino.

DIEGO. Como yo ignoraba...
Pero será presuncion
sin duda.

JULIANA. Y no mal fundada.
El hombre, como usted sabe,
no es muy listo: allí no hay máscara.

DIEGO. Y eso fué en Sevilla?

JULIANA. Pues!

DIEGO. Sin duda la visitaba
don Fernando.

JULIANA. Algunas veces.

DIEGO. Miren la ovejita mansa!

JULIANA. No es esto decir que... vamos!
ella, si no es una santa,
tampoco ha dado motivo
para que nadie dudara...
Al contrario: á lo que creo,
cuando levantó la casa
de allá, no fué conveniencia:
fué... una honrosa retirada.

DIEGO. Yo no sé lo que te diga:
me parecen tan contrarias
sus condiciones... Él es
pacato...

JULIANA. Allá se las hayan,
puesto que á usted no le importa,
y agur, no vengan las amas... (*Váse.*)

DIEGO. Hasta luego.—Bueno fuera
que el perillan me birlara
la viudita: por fortuna
es hombre de buena pasta,
sencillote y no muy listo.
Bien le conoce Juliana.
—Muy quisquilloso en materias
de honor!... Si yo le inspirara...

ESCENA II.

D. DIEGO, D. FERNANDO.

FERN. Don Diego! (*Con extrañeza.*)
DIEGO. Qué es lo que veo!
un abrazo!—El buen Zapata
en Madrid!
FERN. Asi parece. (*Con indiferencia.*)
DIEGO. Cuándo ha sido la llegada?
FERN. Ayer.
DIEGO. Quién me hubiera dicho...
FERN. Yo tampoco imaginaba
verle aqui.—Tambien usted
visita á las mejicanas?
DIEGO. Ta! ta! ta! soy de los íntimos;
casi de familia.
FERN. (Cáspita!)
DIEGO. Y usted?
FERN. Quién, yo? Las aprecio;
mas mi intimidad no es tanta.
Las he tratado en Sevilla.
DIEGO. Há mucho?
FERN. Recien llegadas
de Méjico. Don Ciriaco
trajo para mí unas cartas
de allá: con este motivo
le ví, frecuenté su casa...
DIEGO. Pobre señor!
FERN. El esposo?
era un bendito.
DIEGO. Qué pasta!
Guadalupita ha perdido
un tesoro, una cucaña.
Oh! maridos como aquel
hay pocos.
FERN. Tanto la amaba?
DIEGO. En cuanto á eso, no respondo;
pero teniendo aquel alma
tan bondosa!... y ella que es
alegre como unas pascuas!

FERN. Qué dice usted! la viudita...
DIEGO. Es traviesa y casquivana!
FERN. Alegre, lo es en efecto;
pero supongo que honrada
tambien.
DIEGO. Yo no sé qué diga:
tiene en Madrid una fama!...
FERN. Por qué razon? Con qué pruebas
la acusan?
DIEGO. Pruebas?...
FERN. Patrañas,
calumnias!
DIEGO. Yo asi lo creo;
pero es lo cierto que no anda
muy bien puesta por la córte
su opinion, y ya eso basta...
FERN. No basta: los maldicientes
no viven si no desgarran
la honra agena, y en Madrid
hay sobra de esa canalla.
DIEGO. Mas cuando tantos lo dicen,
vaya usted á romper lanzas...
FERN. Mejor fuera á cortar lenguas.
DIEGO. Mucho le interesa...—Calla!
usted está enamorado!
FERN. No, señor!
DIEGO. En confianza!
FENR. Pero soy hombre de bien,
y la obligacion mas santa
de cualquier hombre que tenga
un corazon y una espada,
es defender con su sangre
su fé, su honor...
DIEGO. Y su dama.
—Amiguito, esas ideas
son ya aqui moneda falsa.
FERN. El honor en todos tiempos
es oro limpio.
DIEGO. Hoy no pasa.
FERN. Pero en fin; qué es lo que dicen
por la córte? Alguna causa
debe haber...

DIEGO. Las apariencias...
FERN. Las apariencias engañan.
DIEGO. En verdad, suya es la culpa:
si no fuera tan voltaria,
tan satírica... se muere
por decir un epigrama.
FERN. Defecto es ese... (*Pensativo.*)
DIEGO. Terrible!
Pero lo hace con tal gracia,
con tanto aplomo, que... vamos!
es preciso perdonarla.
FERN. Oh, don Diego! ahí tiene usted
lo que mas me desagrada!
una mujer que profesa
la murmuracion, la sátira!
DIEGO. Asi no tiene un amigo!
FERN. Asi todos la disfaman.
DIEGO. Es natural.
FERN. Sin embargo,
don Diego, qué ruin venganza!
DIEGO. Usted ha de convencerse
por sí mismo si la trata...
FERN. No daré mucha ocasion,
puesto que será mi estada
corta.
DIEGO. Qué! se marcha usted?
(*Con disimulada alegria.*)
FERN. Si, voy á batirme á Italia.
DIEGO. Cómo es eso?
FERN. Si los méritos
de mi buen padre me alcanzan
alguna capitania...
no estoy un mes en España.
DIEGO. (Uno menos.) Hará usted
muy bien. Y cuándo es la marcha?
FERN. Tan pronto como reciba
mi nombramiento.
DIEGO. Qué lástima!
se va usted á eternizar
en Madrid. Hay mucha plata?
FERN. Los servicios de mi padre...
DIEGO. (Adios!)

FERN. Que murió en campaña...
DIEGO. Pero murió.
FERN. Fué un valiente.
DIEGO. Le digo á usted que no basta.
FERN. Y general.
DIEGO. Don Fernando...
vuélvase usted á su casa.
FERN. Hombre! Sin embargo...
DIEGO. Usted
no sabe lo que se gasta
en la córte; y luego hay tantos
que pretendan esas plazas.
FERN. Es cierto; y si yo tuviera
seis mil ducados...
DIEGO. No es nada!
FERN. Hay otro que los ofrezce,
y esa cantidad es alta
para mí.
DIEGO. Pues ya lo creo!
Y quiere usted que por gracia
le den lo que otro tal vez
por su dinero no alcanza?
FERN. Si, si: bien considerado
(*Despues de un momento de reflexion.*)
lo merezco: quién me manda
ambicionar otra dicha?
Mi tranquilidad me basta.
DIEGO. Mucho! mucho! como dice
el poeta: «Qué descansada
vida...»
FERN. La córte es un piélago
donde peligra y naufraga
cuanto hay de noble y honrado.
DIEGO. Oh! no tanto!
FERN. Quién pensara
que aquel corazon altivo
descendiera hasta la infamia!
DIEGO. Yo solo á usted, que es un hombre
de probidad, revelara
tales cosas.
FERN. Y Cecilia?
DIEGO. Esa si que es una alhaja!

tan humilde, tan modesta!...
Pobre niña! es una lástima!..
(*Con intencion.*)
Y no es esto solo: usted
no sabe lo que aqui pasa
la infeliz: siempre metida
en su rincon, siempre aislada...

FERN. La trata mal?...

DIEGO. Poco menos.
Como la viuda es tacaña...

FERN. Eso tambien!

DIEGO. No la debe
la fineza de una gala,
de un obsequio.

FERN. Calle usted!
Con tan poca edad y avara!
Don Diego, estoy decidido;
voy á escribir una carta
á mi protector: renuncio
á todas mis esperanzas.

DIEGO. Magnífico!

FERN. Hasta despues.

DIEGO. Y va usted hasta su casa
para ese fin! no, señor;
no lo permito.—Juliana!

FERN. Qué hace usted?

DIEGO. No hay que apurarse:
yo tengo aqui confianza. (*Sale Juliana.*)

JULIANA. Señor?

DIEGO. Abre el camarin
de Guadalupe; despacha.

JULIANA. Voy al instante. (*Vase.*)

FERN. Qué tono
de autoridad y de...

DIEGO. Vaya!
Si le digo á usted que soy...
de la familia!

FERN. Bien: basta. (*Con disgusto.*)

DIEGO. Ya ve usted! como que he sido
el compinche, el camarada
del difunto.

FERN. Tambien eso?

DIEGO. Y de tal modo privaba
con él, que cuando exhaló
entre mis brazos el alma,
encomendó á mi cuidado...

FERN. Pues Guadalupe no estaba
en Madrid?

DIEGO. Fué aquella muerte
fatal, tan inesperada,
tan repentina!—Al saber
la nueva, se puso en marcha
desde Sacedon!... en vano!
el pobre no respiraba.

JULIANA. Ya está abierto el camarin.

DIEGO. Corriente: en cuatro plumadas...

FERN. Adelante.

DIEGO. Pase usted.

FERN. Usted.

DIEGO. (Buena va la danza!)

ESCENA III.

JULIANA, *luego* CECILIA.

JULIANA. No logro, aunque de ello trato,
que lo confiese: él se escuda
con la amistad; mas no hay duda!
—A mí! tengo yo un olfato!

CECILIA. Jesus! (*Sale por el fondo*)

JULIANA. Qué es eso?

CECILIA. Juliana!

JULIANA. Ya de vuelta? Ha concluido
la misa?

CECILIA. Me ha parecido
todo un siglo la mañana.

JULIANA. Y la señora?

CECILIA. Allá está
con Montoya en el estrado.

JULIANA. Hola!

CECILIA. Hay secretos de estado!
misterios!

JULIANA. Si? qué será?

CECILIA. No me apuro yo por eso.

JULIANA. Bah! no fuera usted mujer.
CECILIA. Al cabo se ha de saber!
JULIANA. Yo mi flaqueza confieso.
Y si damos con el hilo?
CECILIA. Tienes algun precedente (*Con interés.*)
por ventura?
JULIANA. Es un vehemente
indicio.
CECILIA. Si? Dilo! dilo!
JULIANA. Mas no debo...
CECILIA. Acabarás?
JULIANA. Curiosa! (*Con malicia.*)
CECILIA. Vamos, que espero!
—Yo no soy curiosa; pero...
el saber no está de mas.
JULIANA. Aunque no es larga la fecha,
era usted tan niña, cuando...
CECILIA. Ah! ya entiendo! Don Fernando!
tambien tengo mi sospecha.
JULIANA. Es usted de mi opinion?
CECILIA. Tan pronto como ha llegado
el buen Zapata...
JULIANA. Ha empezado
aqui una revolucion.
CECILIA. Y tanto, que ya se trata
de festejos.
JULIANA. Y hará extremos,
locuras!
CECILIA. Eso tendremos
que agradecer á Zapata.
Hoy mismo con baile y mesa
quiere al galan obsequiar.
JULIANA. No es poco para empezar.
CECILIA. Te juro que no me pesa.
Como él rompa la clausura
en que vivimos, qué gloria!
JULIANA. Aun no cante usted victoria.
Usted quedará en su oscura
reclusion, y ella no obstante...
CECILIA. Juliana, no seas mordaz!
no la juzgo yo capaz
de perfidia semejante.

JULIANA. Es cálculo, no perfidia.
CECILIA. Qué es lo que decirme quieres?
JULIANA. Puede mucho en las mujeres
el demonio de la envidia;
y cuando median amores...
CECILIA. Ella envidia? Qué simpleza!
Y de quién?
JULIANA. De esa belleza.
CECILIA. No me saques los colores!
JULIANA. Nada! entre usted en la danza
sin temor, que ya es oprobio...
CECILIA. Y qué hago?
JULIANA. Robarle el novio.
CECILIA. No fuera mala venganza.
(*Despues de dudar un momento.*)
JULIANA. Oh! sabrosa!
CECILIA. Y en verdad...
yo no presumo de bella...
JULIANA. No? (*Con tono de incredulidad.*)
CECILIA. Pero tengo sobre ella
la ventaja de la edad.
Y ya me canso y me hastio
de contemplar cómo pasa
mi juventud, de esta casa
en el recinto sombrio!
Quiero luz, espacio, ámbiente!
—Cuántos dias en combate
horrible, siento que late
mi corazon impaciente!
JULIANA. Si, si!
CECILIA. Esta vida me seca,
me aburre, y si esto no acaba...
JULIANA. Dice usted bien! siempre esclava
de la almohadilla y la rueca!
CECILIA. Es penosa esclavitud.
Qué quiere de mí esta hermana?
JULIANA. Qué ha de querer?
CECILIA. Ay, Juliana!
bien gozo mi juventud!
JULIANA. Por eso mismo la encierra.
CECILIA. Lo dicho: no me retracto,
Juliana, hecho queda el pacto

y declarada la guerra.

JULIANA. Y si vence usted...

CECILIA. Qué gozo!
triunfar de su vanidad!

JULIANA. Y el Zapata, á la verdad,
no es barro.

CECILIA. Pch! no es mal mozo.

JULIANA. Es galan; tiene despejo.

CECILIA. Por mí, aun cuando fuera un zote;
porque, hija, donde no hay dote...

JULIANA. No es jóven...

CECILIA. Pero no es viejo.

JULIANA. Si, rompa usted sus cadenas!

CECILIA. Pero si lumbre no da...

JULIANA. Entonces, no faltará
quien la saque á usted de penas.

ESCENA IV.

DICHOS, GUADALUPE y MONTOYA.

GUAD. Qué es eso; aun estás así?
No he dicho...

CECILIA. Señora hermana!...
me entretuve con Juliana...

GUAD. Bien está: vete de aquí. (*Váse Cecilia.*)
—Y tú tambien.

JULIANA. Voy al punto.
—(Qué carácter!) (*Váse.*)

ESCENA V.

GUADALUPE, MONTOYA.

MONT. Rigorosa
ha estado usted.

GUAD. Es que quiero
que me obedezcan, Montoya.
El trato engendra cariño,
y ya he dicho una vez y otra
á Cecilia...

MONT. Eso es verdad.

Juliana es muy peligrosa
consejera.

GUAD. Y la pervierte.

MONT. Si! La muchacha es diabólica.

GUAD. No estará mucho en mi casa.
—Pero, hablando de otra cosa;
has hecho lo que te dije?

MONT. Si tal: todo estará en forma.
Pero, á decir lo que siento,
¿cómo usted, tan económica...

GUAD. Te admiras! Tienes razon.

MONT. Que aparte de sus limosnas,
—extremadas en verdad...

GUAD. Qué quieres que te responda?
Si te dijera... esta vida
triste, oscura, misteriosa;
este afan de atesorar
tantas riquezas, á costa
de mis placeres, redundan
mas que en baldon, en mi gloria...
qué dijeras?

MONT. Bah! diria
que mi inteligencia tosca
no ha alcanzado, ni se atreve
á interpretar esas cosas.

GUAD. Yo no he debido ocultarte
secretos...

MONT. Ni á mí me toca
mas que obedecer.

GUAD. Mi padre,
que en gloria esté, puso toda
su confianza en tí.

MONT. Tenia
un alma como ya hay pocas.

GUAD. Me has visto nacer.

MONT. Es cierto:
y allá, niña y juguetona,
la he llevado á usted mil veces
entre mis brazos, señora.

GUAD. Por eso mismo, porque eres
vivo recuerdo de todas
mis pasadas alegrias,

que fueron las tuyas propias,
que has enjugado mis lágrimas
y endulzado mis congojas,
no te he debido ocultar
mis sentimientos de ahora.
Pero en fin, ya no está lejos
el instante...

MONT. Usted disponga
de mí, que por lo demas
ya conozco yo esa historia.

GUAD. Qué dices?

MONT. Que no hará falta
(*Desentendiéndose.*)
nada.—Carilla es la broma;
pero el baile será en regla,
y la comida asombrosa.

GUAD. Bien; tu comprehension admiro.

MONT. A la verdad, no es muy honda;
mas soy viejo, y he pasado
tambien... pero esto no importa.
Esta noche quiero verla
otra vez, deslumbradora
como en un tiempo.

GUAD. Mandó
el diamantista las joyas?

MONT. En el tocador estan.

GUAD. Montoya amigo, perdona;
pero en semejantes casos
hay que sufrir en nosotras...

MONT. Si, dengues, impertinencias!
Pero usted no es de esa estofa.

ESCENA VI.

DICHOS y D. DIEGO.

DIEGO. (Ya el hombre queda embarcado.)

GUAD. Que no lo descuides...

DIEGO. Oiga!
No sabia...

GUAD. Usted en casa?

DIEGO. Como siempre, mariposa

de esa luz...

GUAD. Este don Diego
siempre tiene una lisonja...
(Sigue hablando aparte á Montoya.)

DIEGO. Nada de eso.—Como usted
tanta franqueza me otorga,
me tomé la libertad...

MONT. Bien. *(Marchándose.)*

GUAD. Adios.

DIEGO. Señor Montoya...

MONT. Buenos dias.
(Saludándole con disgusto.—Váse.)

DIEGO. Buenos dias!
(El viejo es duro de gorra!)

ESCENA VII.

GUADALUPE, D. DIEGO.

GUAD. Decia usted...

DIEGO. Que entre tanto
que usted rezaba en Atocha,
he tomado posesion
de su escritorio.

GUAD. En buen hora.

DIEGO. No para mí: don Fernando...
(Mirándola con intencion.)

GUAD. Deje usted las ceremonias.
(Con indiferencia.)

DIEGO. Pues Zapata, como digo...

GUAD. Ya lo he entendido.

DIEGO. (Gazmoña!)
Quiso escribir unas cartas...

GUAD. Hizo bien: mi casa toda
es de usted... y de su amigo.

DIEGO. (A quién no engaña esa monita!)
Gracias por él y por mí.

GUAD. (Al fin vino! Bien! No es poca
ventura.)

DIEGO. Advierto en usted
un afan, una zozobra...

GUAD. Preciso: la que há dos años

pasa una vida de monja
y entra de nuevo en el mundo...

DIEGO. Con que es cierto! Usted se arroja
otra vez en ese piélago?
—Transformacion prodigiosa!

GUAD. Por qué?

DIEGO. Cierto es que la córte
su mejor prenda recobra
con esa perla, escondida
en soledad misteriosa;
pero en cambio, perderá
usted esa encantadóra
tranquilidad, que en la vida
del mundo jamás se goza.

GUAD. Qué quiere usted: todo cansa!

DIEGO. No hay otra razon?

GUAD. No hay otra.
Bastan dos años de luto;
no es verdad?

DIEGO. Vaya! y aun sobran.

ESCENA VIII.

DICHOS y D. FERNANDO.

FERN. Usted me ha de dispensar (*Saludando.*)
si he abusado...

GUAD. A qué esa escusa?
Esta es su casa, y no abusa
quien puede en ella mandar.

FERN. (Me mata con ese agrado!)

GUAD. A mas, sabe usted que soy
muy su amiga.

FERN. Gracias!

GUAD. Hoy
le tengo á usted convidado.

FERN. Me es imposible.

GUAD. Por qué? (*Con sorpresa.*)

FERN. Lo siento como lo digo;
pero .. me aguarda un amigo.

GUAD. Soberbia disculpa á fé. (*Picada.*)

FERN. No es buena?

GUAD. Si, por mi vida.
DIEGO. (Qué proceder tan grosero!)
(*Aparte á Guadalupe.*)
(*En toda esta escena, D. Diego, que estará sentado á la izquierda de Guadalupe, afecta cierta familiaridad en sus modales, hablando al oido de la viuda.*)
GUAD. El amigo es lo primero,
Zapata: estoy convencida.
FERN. Usted no se ha de ofender...
GUAD. Ni por sueño!
FERN. Antes que todo
es el deber.
GUAD. De ese modo...
DIEGO. (Válgate Dios por deber!) (*A Guadalupe.*)
FERN. Mucho agradezco el favor
con que usted me honra, y quisiera
gozarle; mas quien me espera,
señora, es mi protector.
GUAD. No se hable mas: mucho siento
(*Con interés.*)
privarme de usted, Zapata;
mas siendo asi que se trata
de su bien, yo no consiento...
FERN. No es eso: tengo ya en poco
mi fortuna.
DIEGO. (Está demente!) (*A Guadalupe.*)
FERN. No soy yo buen pretendiente...
DIEGO. (Ni cortesano tampoco.) (*Lo mismo.*)
FERN. Y antes que el primer resorte
de mi esperanza se gaste,
voy á dar con todo al traste
y me ausento de la córte.
GUAD. Pues, segun tengo entendido,
la pretension le traia
de cierta capitania.
FERN. No; ya estoy arrepentido.
GUAD. No comprendo la razon. (*Sorprendida.*)
FERN. El hombre que es tan dichoso
como yo, que ama el reposo,
que vive sin ambicion,
de su pobre hacienda escasa,

no es un loco si se aleja
de la ventura que deja
en el rincon de su casa?

GUAD. Prosáico materialismo!

FERN. En mi retiro profundo,
qué puede brindarme el mundo
que yo no encuentre en mí mismo?

GUAD. Pero al que hereda un buen nombre
nunca esa inercia conviene;
pues qué, en la vida, no tiene
otros deberes el hombre?
Quien hace de su existencia
tal uso, hallará tambien
la indiferencia, el desden!

FERN. Y por qué la indiferencia?

GUAD. Qué puede apetecer mas
el hombre que, en su egoismo,
vive en paz consigo mismo
y en lucha con los demas?

DIEGO. Muy bien dicho!

FERN. El cargo es fútil
sobre injusto: si me estoy
en mi retiro, si soy
á la sociedad inútil,
tampoco la perjudico.
Qué dirán? que soy un cero?
Bien; ya lo conozco, pero...
yo asi la dicha me explico.

GUAD. Se hace usted poco favor.

FERN. No.

GUAD. Pero aun asi va errado;
que un cero bien colocado
puede tener gran valor.

FERN. Ese epigrama crüel...

GUAD. No me haga usted tal ofensa.

FERN. Yo me entiendo. (*Mirando á D. Diego.*)

DIEGO. (El hombre piensa
(*Aparte á Guadalupe.*)
que todos se burlan de él.)

GUAD. En eso no es usted justo.

FERN. Siempre fué usted, segun fama,
inclinada al epigrama.

(*Mirando á D. Diego.*)

DIEGO. Cada cual tiene su gusto.
GUAD. Verdad es: tengo unos prontos...
FERN. De que aun no se ha corregido.
GUAD. Mas, por Dios! está prohibido
divertirse con los tontos?
FERN. Los tontos, segun oí, (*Picado.*)
son ceros... ya usted recuerda.
GUAD. Sí; pero estan á la izquierda.
FERN. (Pues esa no es para mí.)

ESCENA IX.

DICHOS *y* CECILIA.

DIEGO. Ah! (*Levantándose y saludando.*)
FERN. Señora!... (*Lo mismo.*)
DIEGO. A tiempo viene
usted para que decida
una cuestion muy reñida.
CECILIA. Cuál es?
DIEGO. Zapata sostiene
que en el mundo no hay ventura
sino para aquel que pasa
la existencia, de su casa
en la reclusion oscura.
FERN. Presenta usted la cuestion...
DIEGO. Guadalupita le arguye
con el deber, y concluye...
—A quién da usted la razon?
CECILIA. Es muy corta mi experiencia.
DIEGO. Sin embargo, usted dirá
su parecer.
CECILIA. Si me da
señora hermana, licencia...
GUAD. Habla.
CECILIA. Mas nadie me tilde
si la preferencia doy
á alguno.
GUAD. Es claro.
CECILIA. Yo soy
por naturaleza humilde,

y á esa altiva sociedad
que respeto, mas no admiro,
prefiero de mi retiro
la dulce tranquilidad.
Si alguna vez en mis sueños
mil esperanzas devoro,
jugando con mi tesoro
de proyectos halagüeños,
en su recelo instintivo
jamás mi ambicion medrosa
atenta á la venturosa
oscuridad en que vivo.
Por último: una familia,
una posicion modesta,
sin riesgos, sin afan... esta
(Dirigiendo una mirada á D. Fernando.)
es mi ambicion.

FERN. Bien, Cecilia!

GUAD. Bien, si! pero esa flaqueza
que en mi sexo no condeno,
es mengua en el hombre lleno
de aliento y de fortaleza.
No, por mas que le preocupe
(A D. Fernando.)
su obstinacion, francamente,
no dice usted lo que siente.

FERN. Por qué causa, Guadalupe?

GUAD. La razon lo dificulta,
y esa esquivez tiene traza
de orgullo que se disfraza,
no de humildad que se oculta.
Y dado que virtud sea,
si puede ser en la vida
virtud la fuerza perdida,
ó que en el bien no se emplea;
diga usted, esa humildad
nímia, que á nada se atreve,
para qué sirve? Más debe
el mundo á la vanidad.
Lo repito; eso denota
mas que virtud, presuncion.

FERN. (Ello es que tiene razon!

Cuanto va á que me derrota?)
GUAD. Y aparte de eso, es extraño
que pensara usted ayer
de otro modo...
FERN. Tal poder
tiene en mi alma un desengaño.
Lo que ayer era mi gloria,
mi condenacion es hoy.
GUAD. Eso, no lo entiendo.
FERN. Voy
á contar á usted mi historia.
—Yo amaba una clara estrella
que en el cielo de mi vida
derramó su luz querida,
tan alegre como bella.
Con todo el ardor del que ama,
entre esperanzas y enojos
osé levantar mis ojos
hasta abrasarme en su llama;
mas al querer con sediento
afan llegar á su altura,
lo que me sobró en ternura
me faltó en atrevimiento.
Huyó de mí: la constancia
de mi amor quise probar,
y mi amor triunfó, á pesar
del tiempo y de la distancia;
que aun asi de sus reflejos
el tibio calor sentia.
—Qué hermosa me parecia
contemplada desde lejos!—
Al fin, de sufrir cansado,
quise buscar mi reposo
en ella, si no dichoso,
al menos desengañado.
Juzgué que para alcanzar
á su luz, mas que otras galas,
era fuerza tener alas
y hasta su cielo volar.
Entonces, sin reflexion,
ciego y con la fé de un niño,
con las alas del cariño

junté las de la ambicion.

GUAD. Feliz la que á merecer
tan alta ventura alcance!
que esa estrella, en buen romance,
es sin duda una mujer.

FERN. Búrlese usted cuanto quiera:
lo cierto es que me engañaba,
que era un necio, y suspiraba
por una hermosa quimera.

GUAD. Está usted cierto?

FERN. Lo estoy.

GUAD. Véalo usted bien.

FERN. Ya lo he visto.

GUAD. En ese caso, no insisto.
Imparcial en esto soy.
Pero si es verdad, Zapata,
razon mas para que aspire
á distinguirse: suspire
á lo menos esa ingrata;
que cuando en su pecho doble
ese puro amor recuerde,
conocerá lo que pierde
perdiendo un alma tan noble.

FERN. (Dice bien.) (*Sacando una carta que rompe.*)

DIEGO. (De esta, sucumbo.)

GUAD. Qué es eso?

FERN. Que estoy, señora,
convencido, y desde ahora,
voy á seguir otro rumbo.
Quiero ser útil, y quiero...

GUAD. Otro consejo me queda
por dar.

FERN. Y es?...

GUAD. Que no proceda
en su opinion de ligero
cuando juzgue á los demas.

FERN. Lo dice usted?...

GUAD. Por su estrella.

FERN. Si hay razon...

GUAD. Huya usted de ella;
(*Con gravedad.*)
pero no dude jamás.

FERN. Esa confianza... la tuve
en otro tiempo.

GUAD. Y ya no?

FERN. Es, señora, que pasó
delante de ella una nube...

GUAD. (Celos!)

FERN. Mas desde hoy me obligo
á ser confiado.—Me quedo
á comer.

GUAD. Yo no lo puedo
consentir.

FERN. No? (*Asombrado.*)

GUAD. Y el amigo?

FERN. El amigo? Diré á usted...

GUAD. Su apoyo, su protector!...

FERN. Sin embargo...

GUAD. No, señor!

FERN. (He dado en mi propia red.)

GUAD. Primero es el deber: luego
habrá tiempo... (*Se levantan.*)

FERN. Qué me pesa!...

GUAD. Mas tendremos á la mesa
por hoy al señor don Diego.

FERN. (Se venga!) Estoy enterado.

GUAD. Vendrá usted luego? Le espero. (*Con interés.*)

FERN. Si me es posible...

GUAD. Lo quiero. (*Ap. á Zapata.*)

FERN. Muy bien.
(*Saludando á Guadalupe y á D. Diego.*)

DIEGO. (Va desesperado!)
(*Con aire de triunfo.*)

GUAD. (No lo acabo de entender;
(*Dirigiéndose con D. Diego á la izquierda.*)
pero ó yo pierdo mi nombre
ó mi afan comprende este hombre.)

FERN. (Ay! no es buena esta mujer!)
(*Guadalupe y D. Diego se van por la izquierda: D. Fernando se vuelve á mirarlos manifestando despecho. En este momento Cecilia se acerca á él.*)

ESCENA X.

D. FERNANDO. CECILIA.

CECILIA. No hay nadie mas en la casa?
(Con tono de reconvencion.)
FERN. Perdone usted! no me riña;
pero...
CECILIA. Aunque soy una niña,
comprendo bien lo que pasa.
Envidia usted á don Diego.
FERN. No se queda con ustedes?
CECILIA. Chiton! oyen las paredes.
—Zapata, vendrá usted luego?
FERN. Bien... si... no diré que no...
si es que me deja el amigo...
CECILIA. Y bailará usted conmigo?
FERN. Vaya! (Para eso estoy yo!)
CECILIA. Prométalo desde ahora:
FERN. Digo que si.
CECILIA. Qué alegria!
Gracias.
FERN. (Cualquiera diria
que esta chica me enamora.)
Yo soy el que en eso gana.
CECILIA. Me voy, no extrañen mi ausencia.
—Adios.
(Váse por la izquierda. D. Fernando la sigue un momento con la vista: luego se vá por el fondo.)
FERN. Adios.—Qué inocencia!
No se parece á su hermana.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

GUADALUPE, D. DIEGO. *Salen por la izquierda.*

DIEGO. Bah! no diga usted que no,
Guadalupe! Es una ofensa...
GUAD. No tal.
DIEGO. Si tal; y usted piensa
del mismo modo que yo.
Si usted sufre tal desaire
con paciencia...
GUAD. Y si yo niego
la suposicion? Don Diego...
hoy viene usted de mal aire.
Por qué ese encono?
DIEGO. No digo
que usted su enojo cruel
lleve hasta rifar con él:
al fin y al cabo es mi amigo.
GUAD. Su amigo? (*Con ironia.*)
DIEGO. Si, que le aprecio:
por eso con tanto afan
le culpo; pero él es tan. . .

ridículamente necio!...

GUAD. Ya sabe usted que no gusto (*Con severidad.*)
de oir...

DIEGO. Retiro la frase.

GUAD. Lo de ridículo, pase;
mas lo de necio, es injusto.
Es severo en demasia,
pero recto.

DIEGO. Es su virtud
cardinal: la rectitud!
Eso si, por vida mia!
Pero aun esa condicion
lo que iba diciendo prueba:
la tiene; pero la lleva
hasta la exageracion.
Con ella siempre por norte,
á veces ni aun se apercibe
del pobre siglo en que vive.
—No hará fortuna en la córte.

GUAD. Quién no tiene sus defectos?

DIEGO. Dice usted bien: yo quisiera
curarle de esa quimera;
pero... no hay hombres perfectos.
Y es que trabaja en su daño:
ya debe haber conocido
esta verdad.

GUAD. Pues qué ha habido?

DIEGO. Qué ha de ser! un desengaño.

GUAD. Diga usted.

DIEGO. Poca pericia.
Ya sabe usted que desea
ser capitan.

GUAD. Cuando sea,
se le debe de justicia.

DIEGO. Pues ya verá usted qué traza...
Hay otros aficionados!

GUAD. Qué importa!

DIEGO. Seis mil ducados
exigen por esa plaza.

GUAD. No es mas que eso?

DIEGO. Parvedad!

GUAD. Por muy poco se detiene.

DIEGO. Ya! pero el que no los tiene...
GUAD. No hay otra dificultad?
DIEGO. Se burla usted?
GUAD. La ocasion
no es oportuna.
DIEGO. Convengo.
GUAD. Y usted sabe que no tengo
tan perverso corazon.
DIEGO. Cierto.
GUAD. En semejante caso,
el hombre está á la merced
de sus amigos... y usted
debe sacarle del paso.
DIEGO. Yo, señora?
GUAD. Como es tanta
su amistad!...
DIEGO. Es de manera,
que si posible me fuera...
—Oh! la amistad sacrosanta!...
GUAD. Es noble ese sentimiento!
—Y si algun otro quizá
se brinda?...
DIEGO. Eterno será
con él mi agradecimiento.
GUAD. No faltará quien se ofrezca.
DIEGO. Quién, señora?
GUAD. Está presente.
DIEGO. Es posible?
GUAD. Solamente
porque usted me lo agradezca.
DIEGO. Por tanto honor, á esos pies...
GUAD. Sin ceremonia.
DIEGO. Protesto
mi gratitud... si es que en esto
no la lleva otro interés.
GUAD. Por qué?...
DIEGO. Una sospecha labra
en mi alma.
GUAD. Con qué motivo?
DIEGO. Es un recelo instintivo...
celos, en una palabra.
GUAD. Celos! esa libertad... (*Severa.*)

DIEGO. No solo al amor conviene
ese afan: tambien le tiene
como el amor la amistad.
GUAD. Siendo asi...
DIEGO. (Me he resbalado!)
GUAD. Don Diego, no lo condeno.
DIEGO. Bien; pero...
GUAD. En ese terreno
es usted privilegiado.
DIEGO. (Gracias!)
GUAD. Por eso me fio
de usted.
DIEGO. Y cuanto en mí quepa...
GUAD. Mas cuenta que él no lo sepa.
DIEGO. (El cuidado será mio!)
GUAD. Luego, es cosa tan sencilla...
DIEGO. Es una accion que merece
palmas.
GUAD. Pero se agradece
mas, cuanto menos humilla.
DIEGO. Yo reverencio y acato
esa modestia hechicera,
y cumpliré con severa
exactitud su mandato.
GUAD. Hay una dificultad.
DIEGO. Y es?...
GUAD. Que contra mi deseo,
en mis arcas no poseo
tan crecida cantidad.
DIEGO. No? (*Admirado.*)
GUAD. Pero usted no presuma
que me arredro: no señor!
Tengo joyas de un valor
que excede en mucho á esa suma.
DIEGO. Cómo! está usted en su juicio?
Tal vez sus diamantes!...
GUAD. Pues!...
DIEGO. No, Guadalupita! Ese es
demasiado sacrificio.
GUAD. Sin ellos valdré quizás
menos?
DIEGO. Oh! no! qué simpleza!

GUAD. Si no amenguan mi belleza...
DIEGO. La dan un encanto mas.
GUAD. No quiero encantos postizos.
DIEGO. Aun asi, viudita hermosa,
es terrible y peligrosa
la magia de esos hechizos.
GUAD. Entonces, fuera locura
no conquistar esa palma,
puesto que contento á mi alma
sin mengua de mi hermosura.
DIEGO. Siempre tiene usted razon!
Mal haya quien no suspira... (*Con fuego.*)
GUAD. Cómo! otra vez? (*Con severidad.*)
DIEGO. Quien no admira
(*Conteniéndose.*)
ese bello corazon.
GUAD. Gracias; mas ganar no quiero
sola esta palma.
DIEGO. Pues yo,
qué puedo hacer?
GUAD. Cómo no?
Hay que buscar el dinero.
Disponga usted de mi coche.
DIEGO. Con mucho gusto me asocio...
GUAD. Quiero que quede el negocio
corriente para esta noche.
Perdone usted si le dejo
ese cargo...
DIEGO. Qué reparo!
GUAD. Yo no puedo hacerlo.
DIEGO. Es claro!
GUAD. Y el pobre Montoya...
DIEGO. Es viejo.
GUAD. Mas no ha de quedar registro
por tocar, y algo he de hacer:
esta tarde voy á ver
á la esposa del ministro.
DIEGO. (Mucho á la viudita exalta
la amistad.)
GUAD. Me esperará?...
DIEGO. Aqui aguardo.
GUAD. (Alas tendrá,

si es eso lo que le falta.) (*Váse por el fondo.*)

ESCENA II.

D. Diego *solo.*

No me engañas.—Por fortuna
el rival es un babieca,
y le tengo aprisionado
en mis redes.—Bueno fuera!...
—No he de perder en un dia
los suspiros que me cuestas,
ingrata! y pues don Fernando
quiere marchar á la guerra,
irá. Si no le despacha
alguna bala tudesca,
trabajarán en su daño
mi asiduidad y su ausencia.

ESCENA III.

D. Diego, Juliana, *que trae una cajita.*

Juliana. Don Diego?
Diego. Juliana?
Juliana. Aqui
está... lo que usted espera.
Esto me ha encargado el ama.
Diego. Déjalo sobre la mesa.
Juliana. Averiguó usted por fin...
Diego. No entiendo.
Juliana. Aquella sospecha.
Diego. No he fijado la atencion.
Juliana. Aunque pensando en conciencia,
por otro lado, parece
que hoy priva usted mas con ella.
Diego. Mucho! (*Con ironia.*)
Juliana. Cualquiera diria,
juzgando por apariencias,
que es usted favorecido.
Diego. Juliana, no seas parlera!
Juliana. Y es lo que debiera ser.

—No es nada la diferencia!
aquel señor tan cazurro!...
tan!...—Pero usted viva alerta!

DIEGO. Acabarás?

JULIANA. Ya me voy.
(*Hace que se va, y vuelve.*)
—Ah! me olvidaba: otra prueba
de... vamos!

DIEGO. Qué es ello?

JULIANA. El coche
ya está esperando á la puerta.

DIEGO. Bien está.—Adios.

JULIANA. (Marrullero!
Estos misterios me secan.)

ESCENA IV.

D. DIEGO.

Tiene razon: á juzgar
por solas las apariencias,
yo soy el favorecido.
Como Zapata lo vea
del mismo modo... ah viudita!
no es fácil que le convenzas.
—Y le ama! quién sacrifica
siendo jóven, siendo bella,
sus joyas...—No, la amistad
(*Abriendo la cajita.*)
hasta ese extremo no llega.
Lindo collar! qué hechicero
contraste forman las perlas
de esa rica gargantilla,
con su tez limpia y trigueña!
—Cómo! tambien su retrato?
Semejanza mas perfecta!
Este es el mayor tesoro
que entre esas joyas se encierra.
Y podré yo consentir
que cautiva tu belleza
quede en el estrecho Argel
de alguna mano usurera?

Pase en cuanto al marco; pero
(*Desprendiendo el retrato de su marco.*)
la imágen que reverencia
mi corazon, no permito
que en otra cárcel se vea.
(*Se queda contemplando el retrato.*)

ESCENA V.

D. Diego, D. Fernando.

Fern. No hallo gusto ni reposo,
y es preciso que resuelva
este enigma.—Aqui don Diego!
nunca se separa de ellas.
Diego. Es admirable.
Fern. Perdonė (*Acercándose.*)
usted.
Diego. (A buena hora llega.)
No esperaba que tan pronto (*Con intencion.*)
hubiese dado la vuelta.
Fern. (Se burla! Bien lo merezco.)
Diego. Me ha pillado de sorpresa;
mas con un hombre de mundo
como usted...
Fern. Eh? (Se chancea!)
No entiendo.
Diego. Usted me perdone;
pero es justa la reserva...
Fern. Qué enigmas!
Diego. Yo me creia
solo, y usted, buena pieza...
Fern. Yo?
Diego. Si, lo ha visto. (Y si no,
es preciso que lo vea.)
Mas yo espero, y es preciso,
que el secreto me prometa.
Fern. De qué?
Diego. Tiene usted razon,
si: mi falta de franqueza
es indisculpable, y luego...
entre hombres nada se arriesga.

—Usted ha visto jamás
tan acabada, tan bella
miniatura?

FERN. (Su retrato!)

DIEGO. La semejanza...

FERN. Es completa.

DIEGO. Qué frente! qué ojos!

FERN. Ya veo.
Es lástima que no tenga
otras dotes! La hermosura
es liviana y pasajera.

DIEGO. Qué antiguallas!

FERN. No, don Diego;
y ruégole á usted que crea
que no es despecho ni envidia:
harto es ya compadecerla.

DIEGO. Zapata! (*Con afectada severidad.*)

FERN. No hago otra cosa
que repetir letra á letra
lo que usted...

DIEGO. Eso es verdad,
y á otro no se lo dijera.
—Por otra parte; qué diablos!
á mí poco me interesa.

FERN. No?

DIEGO. Pasatiempo! capricho!...

FERN. Lo merece. (Qué impudencia!)

DIEGO. No vendrá usted esta noche
al baile?

FERN. Ni aun quiero verla.

DIEGO. Por qué razon? Qué ha pasado?
(*Fingiendo admiracion.*)

FERN. Nada. (La rabia me ciega.)

DIEGO. No tema usted: ha salido,
y aun tardará.

FERN. Yo á la puerta
he visto el coche.

DIEGO. Ah! si... el coche!
hace tiempo que me espera!
No digo mas... (*Con petulancia.*)

FERN. (Desdichada!)

DIEGO. Voy al punto...—Usted se queda?

FERN. Eh?... No.
DIEGO. Le ofrezco un asiento.
FERN. Gracias! (*Impaciente.*)
DIEGO. Usted no molesta...
FERN. Voy por distinto camino. (*Con mal humor.*)
DIEGO. Qué chiste!
FERN. (Daré la vuelta...)
DIEGO. (Pobre señor!) (*Dirigiéndose á la puerta.*)
FERN. (Ciego voy!)
DIEGO. Cuidado con la escalera.
(*Con tono zumbon.*)

ESCENA VI.

CECILIA *y* JULIANA, *que salen de puntillas.*

CECILIA. No has oido?
JULIANA. Nada.
CECILIA. Nada?
JULIANA. Algunas palabras sueltas.
CECILIA. Me pareció que reñian.
JULIANA. No será extraño que tengan
algun disgusto: los celos
se suben á la cabeza.
CECILIA. Celos! Con que Guadalupe?..
—Miren la mosquita muerta!
JULIANA. Si: qué ejemplo para usted!
CECILIA. Pues como yo lo siguiera!...
JULIANA. Ya han salido. (*Asomándose á la ventana.*)
CECILIA. Se van juntos?
JULIANA. No: don Diego va que vuela
en el coche, y don Fernando
tras de la esquina se queda.
CECILIA. A qué fin?
JULIANA. Ello dirá.
CECILIA. Sin duda á mi hermana espera.
JULIANA. Creo que no: viene hácia aqui.
CECILIA. Qué dices?
JULIANA. No hay duda; y entra
en el zaguan.
CECILIA. Pues no sabe
que Guadalupe está fuera?

JULIANA. Bien, y eso qué probará?
que la que busca no es ella.
CECILIA. Entonces... viene por mí.
JULIANA. Le estorbará mi presencia?
CECILIA. Podrá ser; pero tambien
si á solas con él me dejas...
JULIANA. Me voy ó me quedo?
CECILIA. Vete.
JULIANA. (Atrevida es la doncella!)
CECILIA. Siento pasos.
JULIANA. Ya me marcho.
CECILIA. Aprisa, que no te vea.
(Cecilia se pone á hacer labor.)

ESCENA VII.

CECILIA, D. FERNANDO.

FERN. Está sola.
CECILIA. Allí le siento.
FERN. Cuánto mas noble es la palma
de este triunfo! En ese alma
todo es vida y sentimiento.
Es terreno mas fecundo. *(Acercándose.)*
CECILIA. Ah! *(Fingiendo sorpresa.)*
FERN. Qué turbacion es esa?
CECILIA. No es extraño: la sorpresa...
FERN. Hoy sorprendo á todo el mundo.
—Cecilia, perdone usted
si la estorbo: es necesario...
CECILIA. Cómo estorbar! Al contrario,
me hace usted mucha merced.
FERN. (La misma! aqui no hay mudanza.)
Y Guadalupe?
CECILIA. Ha salido.
FERN. A estas horas! Cómo ha sido?...
CECILIA. No me otorga su confianza.
FERN. Secretos entre mujeres?...
CECILIA. Aunque con mi amor la obligo,
jamás comparte conmigo
sus penas... ni sus placeres.
FERN. Extraña severidad!

CECILIA. Es natural.
FERN. Es injusta.
CECILIA. Siempre nos parece adusta,
severa la autoridad.
FERN. Oh! (*Admirado.*)
CECILIA. Mi hermana mayor es, (*Recalcando.*)
y ejerce en mí la influencia
que da la edad.
FERN. (Qué inocencia!)
CECILIA. Por algo nací despues.
FERN. Eso está bien: yo no puedo
reprobar de ningun modo
tan santa humildad: con todo,
si hasta ese punto concedo,
si aplaudo la sumision
con que usted padece y calla
ese dolor que batalla
por salir del corazon;
cuando hay por dicha un camino
de aliviar nuesta amargura,
no es impiedad, no es locura
someternos al destino?
CECILIA. Me deja usted admirada!
Todos me juzgan dichosa...
FERN. Yo no, que aunque siempre hermosa,
la encuentro desmejorada.
CECILIA. Se engaña usted; son antojos.
FERN. Y acaso me engañarán
ciertas lágrimas que estan
asomándose á esos ojos?
CECILIA. Lágrimas yo? qué motivo?...
FERN. Usted de ocultarlos trata.
CECILIA. Por Dios! es usted, Zapata,
en extremo ejecutivo.
FERN. Alguna pena secreta
es la causa de ese estrago!
— Perdóneme usted si la hago
una pregunta indiscreta.
De ese dolor la raiz
es tan honda?...
CECILIA. Y si confieso...
Para qué? no hablemos de eso.

(*Dominándose.*)

FERN. Cecilia! usted no es feliz!
CECILIA. Que no soy feliz? extraña
mania!
FERN. Será quimera,
ilusion, lo que usten quiera;
pero hace mal si me engaña.
CECILIA. Y haré bien en acusar
á la que es hoy mi familia,
mi porvenir?
FERN. No, Cecilia.
CECILIA. Y cuando me atreva á hablar,
si mis desventuras cuento
al corazon de un amigo,
sé que delinco, y digo
que soy venturosa, miento.
FERN. Luego es verdad?...
CECILIA. He hecho mal;
ya lo sé.
FERN. (No será en vano.)
Por qué razon? A un hermano...
hay cosa mas natural?
CECILIA. Hermano? Dice usted bien:
cuñado por otro nombre.
FERN. Se engaña usted: no soy hombre
para sufrir un desden.
CECILIA. Son celos?
FERN. Oh. no!
CECILIA. Venganza?
FERN. De qué? Ni soy un malvado,
ni Guadalupe me ha dado
en su vida una esperanza.
CECILIA. Pero es cierto que la amó?
FERN. Es la verdad, no lo niego:
en Sevilla; pero luego...
CECILIA. Aun la quiere usted.
FERN. Ya no.
CECILIA. Ha hallado usted algo en ella
que de sus prendas desdiga,
para que amante no siga
la clara luz de su estrella?
FERN. Dice usted... la estrella .. Ah! si.

es cierto!

CECILIA. Quién lo diria!

FERN. Esa fué... una alegoria.

CECILIA. Ya ve usted que la entendí.

FERN. En ella... usted lo oyó, riño
con Guadalupe.

CECILIA. Podrá
ser asi; pero no está
muy borrado ese cariño.

FERN. Lo está.

CECILIA. Y cuando cierto sea,
que eso se verá despues,
tiene usted un interés
acaso en que yo lo crea?

FERN. Si! poderoso y vehemente!

CECILIA. Y eso cómo se concilia
en un hermano?

FERN. Cecilia! (*Turbado.*)
(Esto es atacar de frente!)
Diré á usted... (Yo me decido!
Ello hay que hablar de algun modo.)

CECILIA. En fin...

FERN. (A Roma por todo.)
Me quiere usted por marido?

CECILIA. Don Fernando!...

FERN. La verdad.
(Es niña y mi amor la asusta!)
Qué dice usted?

CECILIA. Que me gusta,
por Dios, la fraternidad.

FERN. Si ese corazon se humana,
el hombre mas feliz soy...

CECILIA. Pero usted sabe que estoy
á voluntad de mi hermana.

FERN. El reparo es oportuno;
mas si me escucha indulgente ..

CECILIA. Entonces... si ella consiente...
(*Bajando los ojos.*)
si no hay obstáculo alguno...
obedeceré sumisa.

FERN. Voy á hablarla.

CECILIA. A qué tan presto?

FERN. No tengo paciencia, y esto
se debe tratar de prisa.
CECILIA. Silencio! ahí está.
FERN. Mejor.
CECILIA. Por Dios!
FERN. No es ningun delito...
—Tiembla usted?
CECILIA. Y usted?
FERN. (Maldito
si lo que siento es valor!)

ESCENA VIII.

DICHOS *y* GUADALUPE.

GUAD. Qué es lo que miro?
FERN. (Soy hielo!)
GUAD. Usted aqui? No creia
hallarle.
FERN. Señora mia...
GUAD. (Ya puede elevar el vuelo.)
FERN. (Cuando la miro y la escucho
no sé lo que siento en mí.)
Viene usted... alegre. (*Con intencion.*)
GUAD. Si.
FERN. Satisfecha.
GUAD. Mucho! mucho!
Brilla en mi rostro el placer
que de mi pecho rebosa.
Es que soy tan venturosa!...
FERN. (Qué descaro de mujer!)
Yo... (No sé cómo empezar!)
Tambien vine con mi objeto.
(*Cecilia se levanta.*)
—Se va usted?
CECILIA. Si es un secreto..
FERN. Usted lo puede escuchar.
GUAD. Siéntate.
CECILIA. (Qué situacion!)
Por Dios! (*Aparte á D. Fernando.*)
GUAD. Qué misterio es este?
FERN. Suplico á usted que me preste

un momento de atencion.

GUAD. Ya oigo.

FERN. Yo, señora mia,
voy siempre derecho al blanco:
es mi defecto ser franco,
y á veces en demasia.
Pero soy dócil tambien.
Hoy mismo, sin ir mas lejos,
he debido á usted consejos
inspirados por mi bien...

GUAD. No tuve en ello otra idea.

FERN. Me ha subyugado el encanto
de ese interés: por lo tanto
no quiero que estéril sea.
—Voy á dar el primer paso.

GUAD. Y cómo? (Será verdad?) (*Con alegria.*)

FERN. Renuncio á mi libertad,
y para empezar, me caso.

GUAD. No vuelvo de mi sorpresa.
(Se irá á declarar?) (*Inquieta.*)

FERN. Despues...
la que he elegido...

GUAD. Eso es
(*Interrumpiéndole.*)
lo que menos interesa.
La seguridad me basta
de su dicha.

FERN. Y si la esposa
elegida es cariñosa,
si es buena, sumisa y casta...

GUAD. Mucho la ama usted!

FERN. La adoro!

GUAD. Y ella?...

FERN. A mi amor corresponde.

GUAD. Ah! (*Sorprendida.*)

FERN. Lo extraña usted! (*Picado.*)

GUAD. Y dónde
(*Dominando su emocion.*)
ha encontrado ese tesoro?

FERN. Dónde? Aqui mismo.

GUAD. Cecilia!

CECILIA. Hermana!... yo!...

GUAD. (Dios benigno!)
FERN. Qué! no me juzga usted digno
de enlazarme á su familia?
GUAD. Qué dice usted? No es posible
que de mí tal cosa crea.
FERN. Pues bien...
GUAD. Si ella lo desea;
si en su corazon sensible
tanto ha labrado ese amor
cuanto á mí me satisface,
concedido: usted nos hace
con su oferta, gran favor.
FERN. (Es posible?)
CECILIA. (Otra le queda.)
FERN. Yo soy en eso el honrado...
(Qué será? No me ha gustado
que tan fácilmente acceda.)
GUAD. Por qué tiemblas de ese modo?
Di, Cecilia...
FERN. Mas afable!
Qué quiere usted?..
GUAD. Quiero que hable:
no ha de decirlo usted todo.
CECILIA. Señora hermana... (No puedo
articular...)
FERN. Si la apura...
GUAD. Cállese usted.—Por ventura
tienes de tu hermana miedo?
No me conoces.
CECILIA. Pues bien;
puesto que hablar es preciso,
yo he aceptado el compromiso...
GUAD. Lo aceptas? Pues yo tambien.
Cecilia, nada te aflija:
toda mi familia en tí
tengo; tú eres para mí,
mas que una hermana, una hija.
Y como tú feliz seas,
que á esto mi conato ciño,
pruebas pide á mi cariño:
cásate si lo deseas.
CECILIA. Guadalupe? (*Conmovida.*)

GUAD. Hermana mia! (*Abrazándola.*)
FERN. (Si no conociera yo
(*Procurando dominarse.*)
su condicion!... pero no!
eso es farsa! hipocresia!)
GUAD. Ahora aléjate : es razon
que esto se trate conmigo,
y no debes ser testigo
de nuestra conversacion.
CECILIA. Respondo con la obediencia. (*Váse.*)

ESCENA XI.

GUADALUPE, D. FERNANDO.

GUAD. Señor Zapata?
FERN. (Qué grave
aspecto!)
GUAD. Como usted sabe,
mi situacion, mi conciencia,
me imponen altos deberes;
y esto de tomar estado.
es negocio delicado
para las pobres mujeres.
Yo, como hermana, y cabeza
de familia, tengo un doble
deber.
FERN. Señora, soy noble.
GUAD. No me basta esa nobleza.
FERN. Pero soy pobre; es verdad.
GUAD. Tampoco en eso me fundo,
aunque digan que en el mundo
dineros son calidad.
FERN. Mi fama...
GUAD. Usted no es un niño,
y aunque de oirlo le pese,
no tengo confianza en ese
improvisado cariño.
Usted conoció á mi hermana
en su infancia, y hasta ayer
no la ha podido usted ver
en su juventud lozana.

FERN. El amor...
GUAD. Palabras huecas!
FERN. A veces la simpatia...
GUAD. Ella entonces, todavia
jugaba con las muñecas,
feliz entre sus iguales.
FERN. Verdad.
GUAD. Luego usted conviene
en que ese amor aun no tiene
veinte y cuatro horas cabales.
FERN. Guadalupe! es mucho cuento...
GUAD. Pero soy yo muy su amiga,
y no quiero que se diga
que me gozo en su tormento.
Sin duda hay una razon
para esto, que yo no alcanco:
yo la respeto, y no avanzo
á interpretar su intencion.
Mas como usted no querrá
que á mi hermana sacrifique,
debo pedir que me explique...
FERN. Bien: pues usted lo sabrá.
GUAD. Y solo obtendrá su mano
si la razon satisface...
FERN. Si; lo comprendo! Usted hace
el perro del hortelano.
GUAD. No entiendo.
FERN. Lo dificulto.
GUAD. Ni aun sospecho...
FERN. Será error...
pero dicen del amor
que no puede estar oculto.
GUAD. Usted amor?
FERN. Si, señora:
es la historia de una estrella...
GUAD. Y no es mi hermana?
FERN. No es ella.
GUAD. Pues menos lo entiendo ahora.
FERN. Hablemos claro.
GUAD. Eso quiero.
FERN. Perdone usted si me exalto;
si me desentono, y falto

á la ley de caballero.

GUAD. Eso en usted no es creible. (*Con dignidad.*)

FERN. Cuando un hombre honrado apura,
como yo, tanta amargura,
señora! todo es posible.
Voy á decir la verdad:
voy á faltar, no lo ignoro,
por una parte, al decoro,
por otra, á la urbanidad.

GUAD. Caballero!

FERN. Usted ha sido...
—esto no hace al caso:—el norte
que me ha arrastrado á la córte.

GUAD. Y está usted arrepentido? (*Con emocion.*)

FERN. Mucho.

GUAD. No sé qué esperanza
(*Con sequedad.*)
abrigaba usted.

FERN. Ninguna:
eso es claro.

GUAD. Pero alguna (*Con interés.*)
causa tendrá esa mudanza!

FERN. Horrible, y comprada á precio
de mi dicha!—Usted la ignora!
Pues bien; no quiero, señora,
que se me tenga por necio.
—Lo sé todo. (*Con aplomo.*)

GUAD. Eso es mejor.

FERN. (Nada! descaro! descaro!)
—Todo!

GUAD. No será, eso es claro,
cosa que ofenda mi honor!

FERN. Diré á usted... en cuanto á... pues!
Si solo fueran recelos...

GUAD. Algun desengaño; celos!

FERN. Precisamente; asi es.
—En eso mismo, mirando
por Cecilia y su virtud,
fundé mi solicitud.

GUAD. Qué dice usted, don Fernando?

FERN. Influye en toda mujer
mas que el instinto, el ejemplo,

y no es este el mejor templo
donde lo pueda aprender.

GUAD. Qué es lo que escuchando estoy!

FERN. Diga usted! no me intimida.

GUAD. Caballero! Usted se olvida
de quién es, y de quién soy.

FERN. Esto ya pica en historia!

GUAD. Basta! Otra vez le prevengo
que se acuérde...

FERN. Si! yo tengo
una excelente memoria!

GUAD. Para tanto desacato,
hay causa?

FERN. Por desventura,
la hay, señora.

GUAD. Una impostura,
una calumnia.

FERN. Un retrato.

GUAD. Cómo! un retrato?

FERN. En efecto.

GUAD. Es imposible.

FERN. No insisto.

GUAD. Pero es verdad?

FERN. Y no he visto
un traslado mas perfecto.

GUAD. Quién le tiene?

FERN. Hay semejante
pregunta? Aunque usted se ofenda,
quién puede tener tal prenda
sino?...

GUAD. Un galan!

FERN. Un amante.
(*Con afectada cortesania.*)
—El amor, del alma es propia
imágen; es su reflejo,
y el objeto amado, espejo
en que esa imágen se copia.
Ahora bien; esto sentado...
qué veneracion inspira
aquel amor que se mira
en un espejo manchado?

GUAD. Don Fernando!... mi razon

ofuscada, se extravia!
A ser cierto, por qué habia
de ocultar mi inclinacion?
Quién puede impedirme que ame,
libre, independiente, viuda?
Oh! soy víctima sin duda
de alguna cábala infame!
—Diga usted! Quién es el hombre
vil y miserable?...

FERN. Quién?
—Eso, nunca!

GUAD. Hace usted bien:
ni aun quiero saber su nombre.
Quédeme yo con la mengua...

FERN. Mas si se hubiere atrevido
á calumniar... si ha mentido,
le voy á arrancar la lengua.

GUAD. Siempre la exajeracion!
Lo que interesa á mi fama,
lo que pido como dama
á ese honrado corazon,
no es que aventure una lid
que acaso alguno desea,
para que mi nombre sea
escándalo de Madrid.

FERN. Mi talento no es profundo;
por tanto, no encuentro modo...

GUAD. Es que sabe usted de todo,
menos conocer al mundo.

FERN. Mas que un zascandil se atreva...

GUAD. Qué importa, si le desprecio!
De otro quiero yo el aprecio:
pídame usted una prueba...

FERN. Con qué derecho? quién soy
para tanto?

GUAD. Asi conviene.
Ya sé que usted no le tiene;
y por eso se le doy.

FERN. Lo haré, supuesto que usted
lo quiere, y tanto en mí fia.
(He de hacer, por vida mia,
que el bribon caiga en la red.)

Es duro! ya lo contemplo;
mas si entre tanto atildado
galan, hallo un hombre honrado...
Pues, don Diego, por ejemplo!
(*Guadalupe se sonrie con aire de triunfo.*)
que aspire á la posesion
de esa mano, me desdigo.

GUAD. Y usted ha de ser testigo:
es precisa condicion.

FERN. Bien.

GUAD. Pero á tales extremos
no debe llegarse en vano.

FERN. Y qué?..

GUAD. Le daré mi mano.

FERN. Eso, despues lo veremos!

GUAD. Cómo! otra nueva locura?
Yo por usted me resigno...

FERN. Como él la pida, no es digno (*Exaltándose.*
de semejante ventura.

GUAD. El furor es indiscreto.

FERN. No entienda usted...

GUAD. Bien está!
Pero no ve usted que ya
me ha revelado el secreto?

FERN. Cómo! que yo he revelado?..

GUAD. Me expresé mal.

FERN. Qué capricho!

GUAD. Nada! usted no me lo ha dicho,
pero yo lo he adivinado;
y á ese reptil, que con tanta
vileza me osa ofender,
usted mismo le ha de ver...
pisado bajo mi planta!

FERN. Bien, señora!

GUAD. Viene gente.

ESCENA X.

DICHOS y JULIANA, *con una carta.*

GUAD. Qué es eso?

JULIANA. El señor don Diego

de Urrutia, manda este pliego.

GUAD. Dame.

JULIANA. Dice que es urgente.

GUAD. Muy bien, ya contestaré.
(A una señal de Guadalupe se va Juliana.)
Zapata, con su licencia.
(Abre la carta.)

FERN. Tambien hay correspondencia,
(Amostazado.)
señora?

GUAD. Ya usted lo ve.

FERN. (Hay condicion mas voltaria?)

GUAD. (A lo menos, ha cumplido
mi comision: ha reunido
(Pasando la vista por la carta.)
la cantidad necesaria.)

FERN. Vuelvo á mi tema.

GUAD. No sea
pertinaz!

FERN. Ese papel
me abrasa.

GUAD. No hay nada en él...

FERN. Permita usted que lo lea.

GUAD. Imposible.

FERN. Siendo asi,
qué mucho que arda mi pecho
en celos?

GUAD. Con qué derecho
(Con severidad.)
tiene usted celos de mí?

FERN. Muy bien dicho: fué un olvido...

GUAD. Respete usted á mi hermana.

FERN. Bien! si es preciso... mañana
me llamará su marido.

GUAD. Corriente.

FERN. De mis deberes
soy esclavo; pero...

GUAD. Qué?

FERN. Digo... que me casaré.

GUAD. (Corazon! no desesperes!)

FERN. (Si! para qué he sido necio?)

GUAD. Zapata... *(Despidiéndose.)*

FERN. Adios! y me pesa...
GUAD. Cúmplame usted su promesa,
ó cuente con mi desprecio. (*Váse.*)
(*D. Fernando se queda por un momento pensativo.*)
FERN. Lo tengo bien merecido!
La he ultrajado en su opinion;
la he... Si seré yo un bribon
y no lo habré conocido? (*Váse.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Retrete en la casa de Guadalupe: puerta al fondo, que da paso á la calle y á las habitaciones interiores: otra á la izquierda, que es la de la alcoba de Guadalupe, y otra mas pequeña en el lado opuesto, que comunica con una escalera secreta. En el fondo y á la derecha una mesa de escritorio, y á su lado un arca. Espejo á la izquierda, junto al proscenio, y encima un reló.

ESCENA PRIMERA.

GUADALUPE, MONTOYA, *sentado á la mesa.*

MONT. Era fuerza! Al observar
el religioso respeto
con que ha mirado usted siempre
las riquezas que ahí encierro,
he dicho mas de una vez:
«aqui debe haber misterio!»

GUAD. Si, si! la mas imperiosa
necesidad, el deseo
mas vehemente, no han podido
menoscabar un momento

ese guardado tesoro
que miro ya como ajeno.
MONT. Delicadeza extremada!
GUAD. Cumplo con un juramento.
MONT. Eso es distinto.
GUAD. Sigamos.
MONT. Desde principios de enero
(*Recorriendo un libro de caja.*)
de mil ..
GUAD. El total, Montoya.
MONT. Total... total... Diez mil pesos
en el banco de San Carlos;
y aqui dos mil y quinientos.
GUAD. No es mucho; mas no soy yo
quien tiene la culpa de eso.
Montoya! en solos dos años
de sacrificios que llevo,
pude hacer mas?
MONT. Ah, señora!
mi admiracion os confieso.
GUAD. Llama á Cecilia. La sola (*Váse Montoya.*)
venganza que tomar debo,
es esta: su dicha logre;
mas que me conozca al menos.

ESCENA II.

GUADALUPE, CECILIA, MONTOYA.

CECILIA. Me llamabas?
GUAD. Ven, Cecilia.
Por qué tiemblas? Yo no creo
que mi rigor lo motive.
Siéntate. (*La hace sentar á su lado.*)
CECILIA. Ya te obedezco.
(*Momento de silencio.*)
GUAD. Óyeme, hermana!—Dos años
hace ya que en el eterno
descanso reposa el hombre
que de mi suerte fué dueño.
Ya lo sabes: desde el dia
aquel, para mí funesto,

del mundo aqui retirada
vivo, en obstinado encierro.
Ni una gala, ni una fiesta,
nada ha interrumpido el duelo
que á mi corazon pedia
tranquilidad y silencio.
Tú... es verdad! jóven y alegre
echas sin duda de menos
la luz de que aqui no gozas,
los placeres que te vedo.
Rica yo, cómo he podido
verte sufrir, escondiendo
con avaricia mezquina
las riquezas que poseo?

CECILIA. Yo, hermana...

CECILIA. No me interrumpas.
Pobre como tú en un tiempo,
y muy jóven, me casaron. (*Con tristeza.*)
En fin! mis padres lo hicieron!
Mas por ventura, mi esposo,
si bien anciano y enfermo,
me hizo olvidar con su amor
que era yo jóven y él viejo,
Si no amante, agradecida,
puse en él todo mi afecto,
y fuí dichosa.

CECILIA. Dichosa! (*Con incredulidad.*)

GUAD. Si, Cecilia... ó poco menos.
De mi obligacion esclava,
cumplí con ella, y en esto
del mas alto sacrificio
está ya encerrado el premio.
Murió mi esposo, y ya sabes
que si sus bienes poseo,
despues de mi muerte deben
repartirse entre sus deudos.
Te vi niña y te vi pobre:
por esta razon, temiendo
que alguna vez te arrastrara
la miseria á aquel extremo,
quise, y acaso he logrado,
salvarte de esos tormentos.

Esta es mi mayor ventura
y este mi único deseo:
que des libre tu albedrio
al que haya de ser tu dueño.
Ha llegado ya este caso.
(*Conduciendo á Cecilia de la mano hasta donde está Montoya: luego se aleja.*)
Montoya?

MONT. Señora: entiendo.
(*Abriendo el arca y presentando á Cecilia el libro de caja.*)
Mire usted si estan mis cuentas
en regla.

CECILIA. Qué es lo que veo?

GUAD. Esa es tu dote.

MONT. Es el fruto
(*Al oido á Cecilia.*)
de estos dos años de encierro!

CECILIA. Por mí! Tantos sacrificios
eran por mí! Yo no puedo
aceptarlos.

GUAD. Por qué no?

CECILIA. Ay! porque no los merezco!
(*Cayendo de rodillas.*)

GUAD. Qué haces?

CECILIA. Mi deber!

GUAD. Cecilia!
hermana!

CECILIA. Besar el suelo...

GUAD. No estamos solas!

CECILIA. Qué importa?
No. Montoya es nuestro deudo.

MONT. Si! (*Sollozando.*)

CECILIA. Nuestro padre.

MONT. Si! si!

GUAD. Ven! (*Haciéndola levantar, y abrazándola.*)

MONT. (El corazon es bueno!)

GUAD. No sabes con cuánto gozo
entre mis brazos te estrecho!

CECILIA. Y yo de tu amor dudaba!

GUAD. Basta ya: no hablemos de eso.
Hecha está la paz: ahora,

Cecilia, vamos adentro.
Quiero verte engalanada
para la fiesta, y ya el tiempo
es corto.

CECILIA. Yo me estaré
encerrada en mi aposento.
No basta para mi dicha?...

GUAD. Hermana! qué estás diciendo?
Don Fernando viene á verte.

CECILIA. Y si en casarme no pienso?

GUAD. Míralo bien...

CECILIA. Lo he mirado.

GUAD. Zapata es buen caballero,
y le has dado tu palabra.
Inflexible seré en esto.

CECILIA. Por el alma de mi madre
te juro que no le quiero!

GUAD. Entonces, por qué ofreciste?...

CECILIA. Fué un instante de despecho!

GUAD. Pero media una promesa.

CECILIA. Él tampoco, á lo que creo...
Yo sé que me volverá (*Con malicia.*)
mi palabra.

GUAD. Allá veremos: (*Sonriéndose.*)
podrá ser.—Pero es ya tarde:
(*Mirando al reló.*)
las nueve, Montoya.
(*Se va con Cecilia por el foro.*)

MONT. Entiendo.
(*Se dirige á la puerta secreta, la abre y un momento despues sale por ella D. Fernando.*)

ESCENA III.

MONTOYA *y* D. FERNANDO.

MONT. Caballero?—Si aun no habrá
venido?

FERN. Montoya? (*Saliendo.*)

MONT. (El es.)
(*Despues de reconocerle bien.*)
Hace ya mucho que espera?

FERN. Media hora larga.
MONT. Y por qué?
ahora son las nueve en punto.
FERN. No puede usted comprender...
MONT. (Tiene razon.) Todavia
no ha venido.
FERN. Esperaré.
MONT. Sin moverse de esta pieza:
sin que lo sientan á usted.
FERN. Sé, Montoya, en tales casos
lo que arriesga una mujer.
MONT. Ya no puede tardar mucho;
con que, adios! (*Váse.*)

ESCENA IV.

D. FERNANDO, *solo.*

Adios.—No sé
qué decir de esta aventura.
—Yo me inclino á pensar bien
por instinto; pero hay cosas
que dan mucho en qué entender.
Esta cita... este misterio...
—Y el viejo, á lo que se ve,
debe estar acostumbrado...
Hace un bonito papel!
—Cómo osa entre tales gentes
su honor y fama exponer?...
Para una señora honrada,
es ya mucha... intrepidez!
Pero vendrá, y... resultado!
con dos palabras de miel
y una mirada, me deja
arrimado á la pared.
Quién resiste á aquellos ojos,
y á aquel acento, y á aquel?...
—El hombre es incomprensible!
mucho mas que la mujer.

ESCENA V.

GUADALUPE, D. FERNANDO.

GUAD. Bueno! ha sido usted exacto!
le doy gracias.

FERN. Siempre fiel
á mi palabra... (Qué linda!
no me puedo contener!)

GUAD. Estará usted admirado.

FERN. Lo confieso: no diré
que no.

GUAD. Mi conducta extraña
le ha sorprendido tal vez.

FERN. Si he de decir lo que siento,
hace usted mal á mi ver
en fiar tales negocios
á sus criados.

GUAD. Por qué?
Tiene de mí ese... criado
mejor opinion que usted.

FERN. Yo no he querido ofenderle;
pero...

GUAD. Me ha visto nacer.

FERN. Basta: he dicho mal. (*Con impaciencia.*)

GUAD. Y está
seguro de mi honradez.

FERN. Suplico al señor Montoya
que me perdone.

GUAD. Está bien.

FERN. Puede saberse el motivo
de esta inaudita merced?

GUAD. He ofrecido al buen Zapata
una escena de entremés,
no muy de mi gusto; pero
mi palabra cumpliré.

FERN. Por Dios, Guadalupe: yo
reconozco mi sandez.
No quiero darle otro nombre.

GUAD. Bien dicho: ni hay para qué.

FERN. Pero si estoy satisfecho!

GUAD. No lo estoy yo: mi altivez
herida, mi noble orgullo
me imponen este deber.
Tengo en el alma un agravio
sangriento, y por interés,
quiero que mi triunfo sea
remuneracion de aquel.

FERN. No basta á ese noble orgullo
que me desdiga?

GUAD. Despues
de aquella terrible afrenta!
de aquel insulto cruel!

FERN. Es decir que usted pretende
gozarse en mi angustia?

GUAD. Pues. .
y por qué no?

FERN. En mi vergüenza,
en mi confusion?

GUAD. Tambien.

FERN. Ese castigo es horrible.

GUAD. Pero justo.

FERN. No diré
que no lo merezca; es cierto.

GUAD. Entonces, súfralo usted.

FERN. Me someto.

GUAD. Aqui, muy pronto
vendrá á arrastrarse á mis pies
ese hombre.

FERN. Don Diego?

GUAD. El mismo;
pero antes quiero que usted,
—oiga lo que oiga, suceda
lo que quiera,—por la ley
de caballero, me jure
no salir.

FERN. Asi lo haré.
Es decir que yo he venido...

GUAD. Para oir, callar y ver.

FERN. Mas si osara...

GUAD. No osará.

FERN. Y mi escondite, cuál es?

GUAD. Solo hay uno que se preste

para el caso, y es aquel.
(*Señalando á su alcoba.*)

FERN. (Su dormitorio!) Señora...
no sé si me atreveré...

GUAD. Yo si: como estoy segura
de que su palabra es fiel,
pongo mi honor, sin recelo,
al amparo de su fé.
(*Montoya se asoma misteriosamente á la puerta del fondo.*)

MONT. Me sige don Diego. (*Váse.*)

GUAD. Aprisa!
mas cuidado con perder
una palabra, que importa!

FERN. (Ya está el pájaro en la red.)
(*Entra en la alcoba de Guadalupe: luego aparece D. Diego en la puerta del fondo.*)

ESCENA VI.

GUADALUPE, D. DIEGO, D. FERNANDO *oculto.*

GUAD. Y es fuerza... Pobres mujeres!
(*Se coloca delante del espejo, donde finge que está dando la última mano á su tocado.*)

DIEGO. Viudita?

GUAD. Adelante! Ya
no le esperaba.

DIEGO. Oiga! está
de veinte y cinco alfileres!
Lo ve usted? sin una joya
esa belleza sin par...

GUAD. Le mandé á usted á buscar.

DIEGO. Ya me lo ha dicho Montoya.

GUAD. Torpe estoy! ya no me amaño...

DIEGO. Qué minuciosa revista!
Estará usted de conquista?

GUAD. Nada tuviera de extraño.

DIEGO. (Y para eso te arrebolas
sobrando tanto aliciente!)
Está usted resplandeciente!

GUAD. Tenemos que hablar á solas.
DIEGO. A solas! Felicidad
inmensa!
GUAD. Usted siempre ha sido
en mi amistad preferido.
DIEGO. (Ay, malhadada amistad!)
GUAD. Siempre de usted me aconsejo
en los casos importantes.
DIEGO. Qué es ello?
GUAD. Deje usted antes
que consulte con mi espejo...
DIEGO. No hace falta ese testigo,
señora, donde yo estoy,
que espejo viviente soy:
consúltese usted conmigo.
GUAD. Qué tal? la verdad.
DIEGO. Preciosa,
y como siempre, hechicera!
GUAD (Hoy mas que nunca, quisiera
que me encontraran hermosa.)
DIEGO. Qué bonito ramillete!
Pensamientos! Vamos! luego
dirá usted!...
GUAD. Este don Diego
no hay cosa que no interprete.
DIEGO. Me interesa: usted lo sabe.
GUAD. Deje usted ahora ese punto.
DIEGO. Dice usted bien: al asunto.
Supongo que es cosa grave!
GUAD. Mucho, don Diego.
DIEGO. Si?
GUAD. Mucho!
y el pensarlo me sonroja.
DIEGO. Qué dice usted? quién le enoja?
GUAD. Me han calumniado.
DIEGO. Qué escucho!
GUAD. No es fundada mi afliccion,
cuando de mí se murmura,
se mancilla?..
DIEGO. Qué locura!
GUAD. Mi honor, mi reputacion!
DIEGO. Cómo es posible!... eso pasa?

GUAD. Y murmura ya la gente
de que un hombre, asi frecuente
á todas horas mi casa.

DIEGO. Horrible maledicencia!
nada hay para ella seguro!
nada, señora! ni el puro
alcázar de la inocencia!
Culpar mi solicitud
porque hasta el ambiente adoro
que respira ese tesoro
de pureza y de virtud!

GUAD. Yo á usted capaz no le creo...

DIEGO. No es lisonja, Guadalupe!
y aunque con usted no ocupe
el lugar que yo deseo;
aunque de mi amor la ofrenda
rechace usted, eso si!
siempre tendrá usted en mí
quien la admire y la defienda.

GUAD. (No va explicándose mal.)
Asi lo juzgo, y por eso
le distingo, y le profeso
el cariño mas cordial.
Pero desde hoy, es preciso
que usted evite...

DIEGO. Con todo,
señora, no es ese el modo
de evitar el compromiso.
Sobre esto, mas de una vez
mi franca opinion la he dado.
Es peligroso ese estado
ambiguo de la viudez.

GUAD. Si: cuando falta el amparo
de un esposo...

DIEGO. Qué resulta?

GUAD. Que si no se nos insulta,
se nos desprecia.

DIEGO. Está claro.

GUAD. Pero, ay! someter el cuello...

DIEGO. No hay otro camino ya.

GUAD. En fin, don Diego, será
preciso pensar en ello.

DIEGO. Y habrá quien logre esa mano
conquistar?
GUAD. No soy tan fiera.
DIEGO. Ay viudita! quién tuviera
la dicha del sevillano!...
GUAD. Jesus! no lo diga usted.
DIEGO. Zapata es honrado, y luego...
GUAD. Ni aun lo nombre usted, don Diego;
se lo pido por merced.
DIEGO. Pues, y aquella simpatia?
GUAD. Aunque decirlo me cuesta,
esa voluntad fué puesta
en quien no la merecia.
DIEGO. Ya noté esa inclinacion.
—La verdad! Usted le amaba.
GUAD. Por lo menos, le miraba
con cierta predileccion.
DIEGO. Y con el tiempo...
GUAD. Jamás!
DIEGO. Pues entonces, algo ha habido:
eh?
GUAD. No será el escogido:
le importa á usted saber mas?
DIEGO. Y quién es el venturoso?
GUAD. Si está manchado mi nombre,
piensa usted que ningun hombre
querrá llamarse mi esposo?
DIEGO. Pues de eso tiene usted duda?
Mil habrá!
GUAD. Tan feliz soy!
—Ah! le juro á usted que estoy
fastidiada de ser viuda.
DIEGO. Eso se remedia en breve.
GUAD. Pues, conoce usted á alguno
que me ofrezca?..
DIEGO. Yo sé de uno
que quisiera, y no se atreve.
GUAD. Lo dejará de vergüenza.
DIEGO. Ya ha hablado una vez y ciento.
GUAD. De amor, no de casamiento.
DIEGO. Bien! por algo se comienza.
GUAD. Es... usted!

DIEGO. Si, yo he de ser
quien la salve de ese abismo.
GUAD. Don Diego de Urrutia!
DIEGO. El mismo.
GUAD. No sé si debo creer...
Ya veremos.
DIEGO. A esas plantas
permita usted que me atreva...
GUAD. Cuando tenga alguna prueba.
(*Conteniéndole con un ademan.*)
DIEGO. Pruebas! He dado ya tantas!
GUAD. Si; publicar su deseo
con alardes imprudentes,
y á los ojos de las gentes
pasar por mi chichisveo.
DIEGO. Quiere usted en mí prudencia?
Bien! mi victoria no canto;
pero entre tanto... (*Acercándose.*)
GUAD. Entre tanto... (*Se levanta.*)
me remito á la experiencia.
(Qué fácilmente se emboban!)
(*Deja caer el ramo de flores, y D. Diego se apresura á cogerlo.*)
Ah! déme usted...
DIEGO. Lindas flores!
No las vuelvo.
GUAD. Los favores (*Con enojo.*)
se piden, y no se roban.
DIEGO. Es mucha severidad!
GUAD. No deberá á una sorpresa
lo que no deba á mi expresa,
espontánea voluntad.
DIEGO. Los hurtos de amor no son
dignos de tanto castigo.
GUAD. En ese punto,—lo digo:—
soy de extraña condicion.
DIEGO. De modo, que si algun dia
tal vez guardara una prenda...
GUAD. Para que usted lo comprenda,
jamás lo perdonaria.
DIEGO. Pues bien: mi culpa confieso.
GUAD. Usted?

DIEGO. La imagen que adoro
guardo aqui como un tesoro.
(*Con la mano sobre el corazon.*)
GUAD. Eh? no he entendido bien eso.
DIEGO. Pero de tal modo acato
su voluntad, que rendido
perdon de mi falta pido.
(*Sacando el retrato del pecho.*)
GUAD. Qué es esto! Aqui mi retrato?
DIEGO. Es sacrificio violento;
pero si ustéd se enternece,
lo guardo: bien lo merece
tan grande arrepentimiento.
GUAD. Mejor estará en mi mano.
(*Apoderándose del retrato.*)
DIEGO. Ya! si es que usted se violenta...
GUAD. Es que el contacto le afrenta
de ese corazon villano!
DIEGO. Yo no sé lo que me pasa!
GUAD. Ni aun merece usted mi enojo!
No! le desprecio, y le arrojo
para siempre de mi casa.
(*Con dignidad y señalándole la puerta de la derecha: despues se vá por el fondo.*)

ESCENA VII.

D. DIEGO, D. FERNANDO *oculto.*

DIEGO. Ah! me perdió mi confianza!
Mas no presumas que ceda
fácilmente, no! Aun me queda
el placer de la venganza.
Valga otra vez el ardid,
y pues que á tales extremos
me arrastras, corriente!—demos
un escándalo á Madrid.
—Si entre mis brazos despierta,
ó se rinde á mi albedrio...
(*Al ir á entrar en la alcoba de Guadalupe, le detiene D. Fernando.*)

FERN. Perdone usted, señor mio:
hay quien defienda esta puerta.
DIEGO. Don Fernando! usted aquí!
FERN. Ya lo ve usted.
DIEGO. (La viudita!)
Con que es decir que esta cita
era un lazo para mí!
FERN. Es verdad: yo lo confieso.
DIEGO. Y fingiendo que se humana...
—Es una intriga villana!
FERN. Pues... no ha de quedar en eso.
(*Conteniéndose.*)
DIEGO. No quedará; no, señor!
y ese modelo estimado
de virtud, ese dechado
de pureza y de candor,
no engañará fácilmente
desde hoy más, con la apariencia
de su tímida inocencia.
FERN. Quien diga tal cosa miente!
—Pero usted no lo dirá,
don Diego.
DIEGO. Quién me lo veda?
Hay en el mundo quien pueda?...
FERN. Si, señor! y quien lo hará.
DIEGO. Entiendo: por lo que veo,
de acuerdo estaban los dos
para esto.
FERN. Nó, vive Dios!
—Lo que yo quiero y deseo,
es castigar la impostura
con que ha engañado mi fé.
DIEGO. Bah! bah! Impostura! Por qué
calificacion tan dura?
Es un ardid...
FERN. Una accion
tan infame, tan malvada,
que merece una estocada
en mitad del corazon.
DIEGO. Don Fernando! mi paciencia
es poca.
FERN. Ya lo he advertido.

DIEGO. Diré á usted... no está reñido
el valor con la prudencia.
FERN. Me precio de caballero,
y no me agrada insultar
al hombre que ha de cruzar
su acero contra mi acero;
pero al que tanto dudara
como usted, por vida mia!...
acaso me atreveria
hasta á afrentarle en la cara.
(*Dirigiéndose á él.*)
DIEGO. Eso no! si usted presume (*Retrocediendo.*)
que da con algun cobarde,
yo haré. .
FERN. Para luego es tarde:
la impaciencia me consume.
DIEGO. No estamos ya decididos?
Pues bien! mañana hay lugar...
No nos hemos de matar
á oscuras, como bandidos.
FERN. No consiente mi furor
treguas.
DIEGO. Usted lo desea?
Yo tambien, al punto.
FERN. Sea.
DIEGO. Testigos?
FERN. Dios y mi honor.
DIEGO. Adelante.

ESCENA VIII.

DICHOS, GUADALUPE y CECILIA, *que salen por el fondo.*

GUAD. (Aqui los dos!)
DIEGO. (Las damas! feliz encuentro!)
CECILIA. Qué hace usted? Vamos adentro.
(*A D. Fernando.*)
FERN. No puedo: sábelo Dios.
CECILIA. Qué! no baila usted conmigo?
FERN. Voy con don Diego... (*Turbado.*)
GUAD. Si? A qué?

FERN. Le he ofrecido un minué.
(Yo no sé lo que me digo!)
GUAD. Bien, Zapata! (*En tono de reconvencion.*)
DIEGO. (La taimada!)
FERN. (Ese hombre vil penetró
(*Aparte á Guàdalupe.*)
en mi escondite, y me halló.)
GUAD. (Gran Dios! estoy deshonrada!)
FERN. Partamos.
(*En voz baja, y cogiendo á D. Diego de la mano.—Guadalupe, aterrada, se cubre el rostro con las manos: Cecilia se dirige hácia ella, y D. Fernando aprovecha este momento llevando á D. Diego por la guerta de la derecha.*)

ESCENA IX.

GUADALUPE, CECILIA.

CECILIA. Qué es eso? Estás
sin color! Quieres que llame?
GUAD. No, Cecilia!—Infame! infame!
CECILIA. Qué tienes? Adónde vas?
GUAD. Y don Fernando?
CECILIA. Ha salido.
GUAD. Los dos! (*Mirando á la escena con espanto.*)
CECILIA. Dejémoslos ir!
GUAD. Cecilia! van á reñir!...
y no los has detenido!
—Ay! corre...
CECILIA. Pero qué pasa?
GUAD. No te detengas.
CECILIA. Qué miedo!
Voy! voy! (*Váse por el fondo.*)

ESCENA X.

GUADALUPE, *sola.*

Tenerme no puedo!
Oh! qué escándalo en mi casa!

Buenos quedamos, honor,
muerto ya, si antes herido!
Por vindicarte he caido
de un agravio en un error.
Mi orgullo volvió por tí
y amargo fruto reporta.
Qué dirán?... Pero qué importa
lo que se diga de mí?
Honra egoista! reclama
tu dignidad! cómo olvidas
que hay en peligro dos vidas,
y sangre que se derrama?
Esta idea me importuna.
Cecilia. (*Viéndola salir.*)

ESCENA XI.

GUADALUPE, CECILIA, *luego* D. FERNANDO.

CECILIA. Ya no es posible
hallarlos.
GUAD. Es inflexible
mi siempre ingrata fortuna!
Salieron?...
CECILIA. Y de manera,
que averiguar no he podido...
GUAD. Calla!
CECILIA. Pues qué?
GUAD. No has oido
pasos por esa escalera?
(*D. Fernando sale por la puerta de la derecha, viene pálido y desconcertado.*)
CECILIA. Don Fernando!
GUAD. Usted aqui?
FERN. (No se abre la tierra!...)
GUAD. Ileso!
FERN. Por mi desgracia.
GUAD. Qué es eso?
FERN. Tengo vergüenza de mí!
GUAD. Vergüenza?
FERN. Tenerla debe

el que cubierto de mengua,
vuelve sin cortar la lengua
que al honor de usted se atreve.

GUAD. Pero hable usted! y don Diego?

CECILIA. No está herido?

FERN. Tras de aquel
suceso, salí con él
de ardiente cólera ciego.
A la calle, en fin, llegamos,
y á un tiempo haciéndonos frente,
triste y silenciosamente
nuestras espadas cruzamos.
Mas cobarde como infame,
bajando al punto el acero,
«Zapata!» exclamó: «primero
que mi sangre se derrame;
pues yo de herirle no trato,
ni enojado ni enemigo,
examine ese testigo
que va á acusarle de ingrato.»
Lanza á mis pies este pliego;
le abro con sediento afan....
(*Cubriéndose la cara.*)

GUAD. Diga usted!

FERN. Soy capitan....
y se lo debo á don Diego!

GUAD. (Miserable!)

FERN. Confundido,
abismado, lo busqué
con la vista, y no lo hallé.
Bien mi deber he cumplido!

GUAD. No importa: mi honra se escuda
en el general respeto.

FERN. Mas publicará el secreto
y la infamará sin duda.

GUAD. Si asi fuere, que mi nombre
el vulgo manche y denigre:
antes mi fama peligre
que la existencia de un hombre.

CECILIA. Bien! muy bien! Pero ese arrojo,
(*Volviéndose á D. Fernando.*)
—perdone usted!—me parece

inoportuno, y merece...
mas que gratitud, enojo.

FERN. Yo me someto al castigo,
si en eso culpable soy.

CECILIA. Y yo á imponérsele voy.
—No se casa usted conmigo!
(*Con gravedad cómica.*)

FERN. (Oh! mil veces sea bendita
tu boca por tal merced!)
Nunca me pareció usted
(*Al oido á Cecilia.*)
tan buena... ni tan bonita!

CECILIA. Ahora bien; será razon
confesar...—por confesado—
que de indiscreto ha pecado:
mas fué buena la intencion.
Ademas, es cosa llana
que por tí su vida ha puesto
en peligro; vaya! y esto
es de agradecer, hermana.
—Ya yo el castigo le dí.

GUAD. Prémiale.

CECILIA. De ningun modo.
He de ponerlo yo todo?
El premio te toca á tí.

GUAD. Déjame.

CECILIA. (Qué par de amantes!)
(*Montoya sale precipitadamente y muy azorado por la puerta del fondo.*)

ESCENA XII.

DICHOS *y* MONTOYA.

MONT. Qué desgracia! Usted no puede
imaginar...

GUAD. Qué sucede?

MONT. Han robado los diamantes...
(*Guadalupe hace señas á Montoya; pero este no las comprende.*)

CECILIA. Ay, Dios!

MONT. Los de mi señora.
GUAD. (Qué torpe!)
MONT. Han sido empeñados...
GUAD. Montoya! (*Impaciente.*)
MONT. En seis mil ducados.
FERN. Todo lo comprendo ahora.
MONT. Y fué don Diego...
GUAD. Es verdad.
(*Lanzando á Montoya una mirada severa.*)
MONT. Perdóneme usted si pude...
GUAD. No permitiré que dude
nadie de su probidad.
—Yo misma se los he dado,
y obró de mútuo concierto.
MONT. Entonces...
FERN. Pero lo cierto
es, que de mí se ha burlado.
—De su sangre tengo sed!
(*Dirigiéndose á la puerta.*)
GUAD. Soy yo mas caritativa.
(*Conteniéndolo con un ademan.*)
FERN. Ah! (*Reprimiéndose.*)
GUAD. Dejémosle que viva.
—Qué matador viene usted!
FERN. La honra á usted mucho esta accion
de que agradecido quedo;
(*Entregándola el pliego*)
pero yo aceptar no puedo
semejante humillacion.
GUAD. Ah, ya! la capitania.
FERN. No la admito.
CECILIA. Otra locura?
GUAD. Y qué! voy yo por ventura
á mandar la compañia?
FERN. (Resolvamos el problema.)
Sin esa mano, jamás
la aceptaré.
GUAD. Tú verás (*Á Cecilia.*)
que se sale con su tema.
CECILIA. Ya confiesa.
FERN. Qué mudanza!
GUAD. No quieres que lo confiese,

si hace dos años que es ese
(*Ocultando en el seno de Cecilia su turbacion.*)
el norte de mi esperanza?

FERN. Cómo! es posible? Qué escucho!
(*Enagenado.*)
Entonces, he sido ciego,
estúpido.

GUAD. No lo niego.

CECILIA. Si, señor Zapata, y mucho.

FERN. Oh, qué ventura!—Perdon
mil veces, por mi torpeza!
Ha pecado mi cabeza...
pero no mi corazon.

CECILIA. Es verdad.

GUAD. Todo lo olvido!
—Quédese esto entre los dos.
(*Aparte á D. Fernando.*)

FERN. Por fin...

GUAD. Si: gracias á Dios
que nos hemos entendido.

MONT. Mi parabien, niña mia!
Y á usted...
(*D. Fernando abraza á Montoya: va á hacer lo mismo con Cecilia, y esta se retira sonriéndose.*)

FERN. Estoy de manera,
que si don Diego viniera...
pienso que le abrazaria.

GUAD. Ahora vamos al salon.

MONT. Si, que ya han notado...

FERN. Vamos.

GUAD. Y por si importa, pongamos
coto á la murmuracion.
A esa sociedad liviana,
que tal vez de mi honra duda,
anuncie usted que la viuda
deja de serlo mañana.

FERN. Bien! (*Enagenado de gozo.*)

MONT. Y usted?... (*A Cecilia.*)

CECILIA. No tardará.

GUAD. Ya elegiré un hombre honrado.

FERN. Pierda usted ese cuidado,
que ella se lo buscará.
(Mira á Cecilia sonriéndose con malicia, y ella le corresponde del mismo modo. Se dirigen hácia la puerta del fondo, y Montoya los sigue enjugándose los ojos.)

FIN DE LA COMEDIA.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Achaques de la vejez.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
Al cabo de los años mil...
Alarcon.
A caza de herencias.
A caza de cuervos.
Amante, rival y paje.
Amor, poder y pelucas.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*

Con razon y sin razon.
Canizares y Guevara.
Cómo se rompen palabras.
Cosas suyas.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Cada cual ama á su modo.
Cocinero y Capitan.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Cosas suyas.

Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
De audaces es la fortuna.
Dos sobrinos contra un tio.

El anillo del Rey.
El amor y la moda.
El chal de cachemira.
El caballero Feudal.
El cadete.
Espinas de una flor.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
Entre bobos anda el juego.
El escondido y la tapada.
En mangas de camisa.
¡Está loca!
El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.
Esperanza.
El Gran Duque.
El Héroe de Bailen, *Loa y Corona Poética.*
¡En crisis!!!
El Licenciado Vidriera.
Echarse en brazos de Dios.
El Suplicio de Tántalo.
El Justicia de Aragon.
El Veinticuatro de Febrero.
El Caballero del milagro.
El que no cae... resbala.
El Monarca y el Judio.
El bollo y la viuda.
El beso de Judas.
El rico y el pobre.
El Niño perdido.

Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Furor parlamentario.

Hacer cuenta sin la huéspeda.
Historia China.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.

Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Juana de Arco.
Judit.
Jaime el Barbudo.
Jorge el artesano.
Juana de Nápoles.

La escuela de los amigos.
Los Amantes de Teruel.
Los Amantes de Chinchon.
Los Amores de la nina.
Las Apariencias.
La Banda de la Condesa.
La Baltasara.
La Creacion y el Diluvio.
La Esposa de Sancho el Bravo.
Las Flores de Don Juan.
La Gloria del arte.
Las Guerras civiles.
La Gitanilla de Madrid.
La Hiel en copa de oro.
La Herencia de un poeta.
Lecciones de Amor.
Lorenzo me llamo y Carbonero Toledo.
Lo mejor de los dados...
Llueven hijos.
Los dos sargentos españoles, ó la linda vivandera.
La Madre de San Fernando.
La verdad en el Espejo.
La boda de Quevedo.
La Rica-hembra.
Las dos Reinas.
La Providencia.
Las Prohibiciones.
La Campana vengadora.
La libertad de Florencia.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La voz de las Provincias.
La Archiduquesita.
La Crisis.
Los extremos.
La hija del rey René.
La bondad sin la experiencia.
Locura de amor.

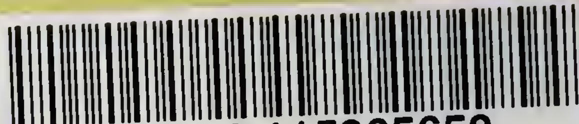
Mal de ojo.
Mi mamá.
Misterios de Palacio.
Martin Zurbano.

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende.
No hay amigo para amigo.
No es la Reina!!!

Oráculos de Talia.

Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Pescar á rio revuelto.
Por la puerta del jardin.

San Isidro (*Patron de Madrid*).
Su imágen.
Simpatia y antipatia.
Suenos de amor y ambicion.



Tales padres, tales hijos.
Trabajar por cuenta ajena.
Traidor, inconfeso y mártir.

Un Amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Una conversion en tres minutos
Un dómine como hay pocos.
Una llave y un sombrero.
Una leccion de córte.
Una mujer misteriosa.

Una mentira inocente.
Una noche en blanco.
Un paje y un Caballero.
Una falta.
Ultima noche de Camoens
Una historia del dia.
Un pollito en calzas prietas.
Un si y un no.
Un huesped del otro mundo.
Una broma de Quevedo.
Una venganza leal.

Virginia.
Verdades amargas.
Vivir y morir amando.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda

ZARZUELAS.

El ensayo de una ópera.
Mateo y Matea.
El sueño de una noche de verano.
El Secreto de la Reina.
Escenas en Chamberí.
A última hora.
Al amanecer.
Un sombrero de paja.
La Espada de Bernardo.
El Valle de Andorra.
El Dominó Azul.
La Cotorra.
Jugar con fuego.
La cola del diablo.

El estreno de un artista.
El Marqués de Caravaca.
El Grumete.
La litera del Oidor.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La Estrella de Madrid (*Su música.)*
Tres para una.
La Cisterna encantada.
Carlos Broschi.
Galanteos en Venecia.
Un dia de reinado.
Pablito. (Segunda parte de Don Simon.)

La Caceria real.
El Hijo de familia, ó el lancero voluntario.
Los jardines del Buen Retiro.
El trompeta del Archiduque.
Moreto.
Loco de amor y en la corte.
Los diamantes de la Corona.
Catalina.
La noche de ánimas.
Claveyina la Gitana.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita.
Mis dos mugeres.



La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, cuarto segundo de la izquierda.